

BIBLIOGRAFÍA

infectado a las ciencias humanas. “De los griegos, dice Gadamer, podemos aprender que el pensamiento en la filosofía no debe adoptar la forma de un sistema que deba estar fundamentado al final en un último principio. Por el contrario, siempre está guiado bajo el pensamiento basado en la experiencia del mundo originario a través del poder conceptual e intuitivo del lenguaje”. Las ciencias humanas son dibujadas según esta interpretación como las verdaderas emisarias o abogadas del humanismo: los límites hermenéuticos de la racionalidad son los límites del trabajo de campo de éstas. La hermenéutica de Gadamer recoge, según Grondin, una idea fundacional que había quedado enterrada en la irracionalidad o el silencio: que el lenguaje sea solo verdadero gracias a lo no dicho no oculta el significado en un fácil mentalismo o un misticismo sino en el comercio del lenguaje y la traducción. El carácter especulativo o representacional del lenguaje no puede considerarse de manera separada de su transformación inevitable: el lenguaje puede ser verdadero porque puede adquirir vida histórica, porque no hay una última palabra.

Pau Arnau

Hughes, Gerard J.: *The Nature of God*, Routledge, London, 1995, X + 219 págs.

El profesor Hughes, jesuita que trabaja en el departamento de filosofía del *Heythrop College* (Londres), se ocupa en este volumen de un tema central para la teología filosófica: el estudio de la naturaleza divina. El autor aborda esta compleja cuestión centrándose en el tratamiento de cinco atributos divinos: existencia, simplicidad, omnisciencia, omnipotencia y bondad. En su exposición tiene en cuenta lo que sobre cada uno de estos atributos ha dicho tanto la tradición clásica (especialmente Tomás de Aquino, Ockham y Molina) como la filosofía moderna (Descartes, Hume y Kant) y la más reciente tradición analítica (Swinburne, Kenny, Plantinga).

Hughes es consciente de la controvertida opción que supone iniciar la discusión presentando la «existencia» como un atributo divino. Sin embargo, el autor piensa que si la existencia no es un atributo, no podríamos decir que Dios es un ser necesario. Hughes se apoya en Tomás de Aquino quien, en su interpretación, sostendría que la existencia es la

BIBLIOGRAFÍA

actualidad de una forma y, por ende, un atributo. Olvida el autor el carácter supraformal que tiene el acto de ser para el Aquinate.

El segundo atributo que examina es la simplicidad y para ello se centra en el análisis de la afirmación de que en Dios son idénticas la esencia y la existencia. Según el autor esta doctrina implicaría, en primer lugar, que la no existencia de aquello en que esencia y existencia son idénticas es imposible *de re*, pero muestra dudas acerca de la posibilidad de conocer “una lista *completa* de los diferentes modos en que las cosas que existen pueden no existir” (p. 59). En segundo lugar, la doctrina de la simplicidad afirma que Dios no es un miembro de una clase. La razón por la que se sostiene esto es –piensa Hughes– porque ser miembro de una clase supondría introducir la potencialidad en Dios, cuestión que es también puesta en duda por el autor. Ante estos interrogantes Hughes se ve forzado a concluir el capítulo con un discurso –que reitera en otros lugares– sobre las limitaciones del conocimiento humano para alcanzar a Dios.

Respecto de la omnisciencia, Hughes está de acuerdo con la tradición filosófica (frente a la filosofía analítica contemporánea) en que lo que Dios conoce son las cosas y no las verdades sobre las cosas y en que el conocimiento divino es intemporal. Pero, frente a los medievales, sostiene que el conocimiento de los acontecimientos no determinados del mundo depende de que tales acontecimientos tengan lugar. Como es claro aquí se está introduciendo la potencialidad en Dios, pues según el autor la ocurrencia de los futuros contingentes es «lógica y epistemológicamente anterior al conocimiento que Dios tiene de ellos» (p. 112). Parece entonces difícil afirmar la independencia de Dios respecto de sus criaturas.

En el estudio de la omnipotencia parte también de la tradición y admite que el límite de la omnipotencia es lo que es absolutamente causalmente posible. Pero –advierte– no estamos seguros de lo que es causalmente posible. El criterio que afirma que Dios puede hacer lo que no sea contradictorio le parece dudoso y de poco valor pues, en su opinión nosotros sólo podemos establecer lo que es no contradictorio a partir de nuestra experiencia del mundo y no de un modo absoluto. La conclusión acerca de la omnipotencia es agnóstica: no podemos saber cuáles son los límites pues no tenemos conocimiento *a priori* de lo no contradictorio.

El tratamiento de la bondad divina se centra en el estudio del problema del mal. El autor parte de que Dios es un agente moral y se pregunta si hay alguna razón para sugerir que ha violado alguna obligación moral. La respuesta a esta cuestión depende de la visión que el autor tiene de los anteriores atributos divinos. Según Hughes cuando Dios crea una criatura

BIBLIOGRAFÍA

libre no sabe si hará una elección mala pues Dios no conoce ese hecho con independencia de las elecciones de las criaturas. Por esto no se le puede imputar el haber creado un mundo de seres libres que son capaces de obrar mal. Su conclusión es que no hay razones para negar la bondad de Dios, aunque no se puede tampoco mostrar de modo positivo que Dios sea bueno.

Uno de los elementos más atractivos de esta obra es la exposición y discusión de los temas clásicos que realiza. Pero me temo que la mayor parte de conclusiones del autor se deban a una errada comprensión de las posiciones clásicas al interpretarlas desde las actuales concepciones de lo no contradictorio, lo posible y necesario y el concepto moderno de causa. Las aporías que encuentra en muchas posiciones de Tomás de Aquino y otros pensadores clásicos le conducen a posiciones que el mismo autor califica en la conclusión de «muy controvertidas» (p. 189) y, sin duda, lo son. Quizás hubiera sido interesante preguntarse previamente si existe paridad entre la lógica contemporánea y la clásica y si se pueden entender los argumentos elaborados por los autores medievales con los instrumentos conceptuales de la filosofía analítica.

Francisco Conesa

Hunter, Graeme (ed.): *Spinoza: The Enduring Questions*, University of Toronto Press, Toronto/Buffalo/London, 1995, 182 págs.

En esta obra, dedicada a la memoria de David Savan (1916-1992), se reúnen ocho colaboraciones de otros tantos autores, que giran en torno a dos conceptos centrales en la filosofía de Spinoza: la inmortalidad y el conocimiento.

El estudio de David Savan se ocupa de la distinción del concepto de eternidad respecto de los de duración y tiempo, con el fin de clarificar el significado de la idea de eternidad spinozana, causa de una cierta perplejidad entre los estudiosos. A juicio de Savan, la solución del problema depende de la identificación de Dios con la *Natura naturans*, que Savan interpreta como efectiva sustitución de Dios por la Naturaleza, tesis con la que Spinoza provocó una radical transformación en el concepto tradicional de eternidad. Las colaboraciones de James C. Morrison y Leslie Armour afrontan directamente la cuestión de la inmortalidad; el primero sostiene que la atribución de inmortalidad a los seres humanos sólo se